

PEDRO PABLO GUERRERO

Elábuga es una localidad rusa de la República de Tartaria. Cuando se inició la guerra de la Unión Soviética contra la Alemania nazi, la escritora Marina Tsvetáyeva fue evacuada a esa remota ciudad, donde se ahorró el 31 de agosto de 1941, a los 48 años. El poeta y antropólogo Yanko González (Santiago, 1971) tituló con el nombre del lugar un libro con ocho o nueve poemas de los 75 que llegó a escribir. Lo publicó el año 2011, en una edición limitada. Completó su escritura en Inglaterra, donde se fue a vivir los últimos años como profesor invitado en la Universidad de Newcastle. Su regreso a la Universidad Austral, de Valdivia, coincide con la reciente aparición de *Objetivo General* (Lumen), volumen que publica, íntegro, *Elábuga*, además de incluir una muestra de sus libros *Metales Pesados* (1998), *Alto Volta* (Premio de la Crítica 2008) y un anticipo de *Torpedos*, que publicará dentro de un año o dos en el Kailash.

*Elábuga* nace en 2011 a partir de episodios trágicos que no vienen al caso detallar —recuerda González—. En un inicio el interno y el entorno de los poemas y la vida de Marina Tsvetáyeva y Alfonsina Alcaide me permitieron sobrellevar el dolor. Al comienzo me interesaba aclarar la distinción que este método suicida tenía desde el punto de vista material y simbólico, pues el ahogado no se acaba, solo se suspende, está casi de pie y pareciera equilibrarse verticalmente como un vivo. Vale decir, partir de la idea de que el ahogado pareciera inscribirse su propia muerte en la prolongación de la vida, dejando su cuerpo como daño, como represalia al resto. Pero no pude terminar el libro porque me hacía profundamente infeliz, esa es la verdad.

En parte por el interés de Vicente Undurraga, editor de Lumen, y en parte por su salida de Chile, lo retomé, pero ya con otra mirada sobre la escritura y sobre su propia vida. "Se fue convirtiendo en una biografía coral del ahorcamiento, contada a través de múltiples vidas que fui coleccionando de manera oral y documental", afirma. La mayoría son relatos "verdaderos", pero intropectivos, en las voces de los propios muertos. "Finalmente, no solo se biografaba el procedimiento suicida, sino también se sugieren vidas que no fueron y muertes posibles, puesto que me resistí en *Elábuga* a aprender únicamente la tecla triste o funesta, incluyendo la caricatura del suicidio como supremo sacramento del dandismo. De este modo, se abrió un abanico diverso, donde además de ruina, desesperación o desastre, aparecen carcajadas incómodas, cierta suspensión del juicio, o el placer de la renuncia, el goce ante el triunfo de la voluntad, el dolor sobre la voluntad. La voluntad derrotada alegremente, por decirlo así, por lo que son poemas escritos con la sonrisa en la herida".

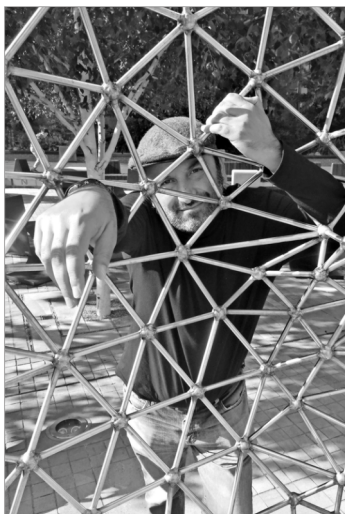
*Objetivo General* nació como una antología, reconoce Yanko González, pero se fue convirtiendo en obra reunida y finalmente

"OBJETIVO GENERAL" Treinta años de escritura:

# YANKO GONZÁLEZ:

## De suicidas y torpedos

El poeta y antropólogo vuelve a Chile junto con una recopilación de poemas inéditos y publicados, que selecciona Vicente Undurraga.



Yanko González presentará su libro el 28 de septiembre en el Festival de Autores, en el GAM, y, en diciembre, en un festival literario de Moscú.

se articuló en un nuevo libro, que si bien da testimonio de lo ya publicado, registra el presente de la escritura y da muestras sustantivas de su futuro. "Por eso convenimos en no etiquetarla como antología a priori, porque *Objetivo General* apuesta por el movimiento de mi escritura más que por lo ya fijado, y en eso son claves los libros inéditos que se incluyen y el propio título, que apunta más que a lo hecho, a la promesa burlesca o paródica de lo que se hará".

Irónico es el guiño al *Canto General* de Neruda. "Mi idea con el título era dejar registrada la renuncia, que creo es una constante algo escondida en mis libros. Una renuncia a cantar por boca de otros como en *Metales Pesados*, a una identidad inmovil nacionalera y excluyente como en *Alto Volta*, a la vida por mano propia en *Elábuga* o a toda orientación al logro, como en *Torpedos*. Por tanto es un abandono del absurdo de un proyecto y de la imposición tanto de un plan, como de una metodología para conseguirlo. Tratándose de una siempre hiperbólica 'antología' que suele caer en una lineal y dilatada trayectoria, por su revés, el título ironiza sobre mi propia obra como una mera promesa, formulada pero apenas alcanzada".

En un momento en que la literatura se vive hasta ideológicamente como una carrera, González se propone "joder un poquito a los cretinos que aún gritan 'mira, mamá, escribo sin manos', a los que desayunan egos revelados o los que no se sacan de la solapa la credencial de poeta laureado y acumulan tantas medallas que hay que leerlos con gafas de sol". Uno de los versos que se desliza en el libro interpela directamente al título: "Un poeta no es muy importante, siempre habrá otro". En este sentido, dice el autor, "si en algo cuestiona al *Canto General* nerudiano, es precisamente por la abdicación del sentido en tanto significado y dirección. ¿Para qué cantar? ¿Para qué cantar todo, si hasta la muerte es un esfuerzo y

un despropósito?".

Al reunirse en un solo volumen treinta años de "insistencia en la escritura", González concede que *Alto Volta* es probablemente el libro en el que más ha trabajado la relación de escritura y antropología. "Aunque *Metales Pesados* insiste en esa relación de manera más empírica. En los siguientes libros la insistencia es menos literal pero más fluida, ya que sugieren que la poesía necesita del mismo extrañamiento que la antropología, o sea, descodificar la realidad que es —creo— el primer movimiento tanto del antropólogo como del poeta".

Los poemas de *Torpedos*, último libro incluido en *Objetivo General*, se basan en las notas de campo que el autor ha escrito, por años, en cuadernos y agendas registrando conferencias, clases, reuniones académicas, asambleas y discursos político-académicos en diversas instituciones educativas. Originalmente, están escritos en papillos enrollados, gomas de borrar, relojes y otros soportes clandestinos. De ellos se ofrecieron en el libro pequeñas fotos, a manera de viñetas.

—¿Es "*Torpedos*" su incursión más cercana a la poesía visual? —Mi filiación con la poesía visual o experimental siempre ha sido directa, pero no ha constituido una finalidad, sino más bien una sinceridad. *Torpedos* responde expresivamente a eso, a una profunda tirria a la obligación de adquirir las claves culturales que resuelven cualquier misión biográfica a través de lo que se estima imprescindible aprender y retener para ser algo o "alguien en la vida". Y ese hartazgo no podía expresarse desde el alboroto discursivo, la alharaca lírica o la crítica conceptual, sino desde lo precario, la miniatura de lo textual y manual, es decir, desde un torpedo que sintetiza a través de una artesanía plebea e inútil el sinsentido de lo que debe ser aprendido para "realizarse".

—¿Alguna vez los hizo?

—Por supuesto, el problema era usarlos y ahí tendía a fracasar. Quizás por eso estoy empeñado en imaginar formas seguras de esconderlos. Como en mis otros trabajos, *Torpedos* también es una observación y autoobservación participante, por lo que se rehúsa a reemplazar livianamente la vida real por su reflejo. De ahí que me interese no solo la simulación del aprendizaje a través de estas miniaturas tramposas, sino también la de la enseñanza a través de sus propias inconsistencias retóricas, fórmulas de desvío y deviarlo que tan bien filmó Raúl Ruiz. Por ello voy intercaldando entre los torpedos otras modalidades discursivas de las diversas estafas pedagógicas. La educación formal es en varios sentidos una suerte de esperanto de clichés, por lo que existe un modo bastante genérico de legitimarlo que supuestamente debes, si o sí, saber.



**OBJETIVO GENERAL**  
Yanko González  
Lumen, Santiago,  
2019, 202  
páginas, \$15.000  
POESÍA

## PÁGINA ABIERTA

por Camilo Marks

### TOPIA ORIGINALIDAD ESTÁ PROHIBIDA

"Una mañana de la semana siguiente escuché la discusión entre Sara Araya y una profesora reemplazante. Como en el último ensayo de PSU se advierten dos posibles respuestas a la pregunta, la profesora sugería eliminarla (...), pero la jefa de departamento (...) zanjó que era posible discernir la más acertada de las alternativas y (...) dejar de regalarles las cosas, porque 'en la universidad no existirán profesores comnovidos si andan enfermos o deprimidos'. Por esos días me habitaba un lenguaje incisivo. Comenzaba septiembre y, en las celebraciones de fiestas patrias, me negué a vestir de huaso latifundista, de huaso noble, de chilote, de mapuche, de diablito, de diablo de La Tirana y por supuesto que de rapanui (...). Argumenté que desde cuándo estos juegos horrosos eran símbolos nacionales".

Quien así habla es Antonio, protagonista de *El sol tiene color papaya*, de Daniel Campusano (1983); tanto este pasaje como el resto de la novela, podrían dar la impresión de que ella constituye un severo injuncamiento a la actual educación chilena. En parte lo es, pero también estamos ante una ficción que va mucho más allá y que jamás cae en la estridencia ni en la acusación destemplada, ya que básicamente se sostiene en las perplejas aseveraciones de Antonio. No podría ser de otro modo en un libro compuesto casi por completo de diálogos, a veces chispeantes, otras, inconclusos, lo que ocurre cuando el lector debe adivinar aquello que se quiere decir. Campusano maneja de manera admirable la actual jerga juvenil, insertando vocablos propios de ese sector, si bien nunca abusa de estos modismos en el momento de hacer hablar a jóvenes que no saben dónde están parados ni qué hacer con sus vidas. Así, *El sol tiene color papaya* pasa a ser una reflexión de un menor o mejor dicho, el retrato de un microcosmos signado por la desorientación y el desamparo, aun cuando el talento de Campusano, de filiación humorística, hace posible que, en lugar de indignarnos, sonriamos.

Hoy por hoy, sobre todo con temas semejantes, es muy difícil lograr lo que Campusano alcanza en este texto y es preciso afirmar que su estilo suelto, liviano, en ocasiones epigramático, es la herramienta adecuada para narrar los incidentes que transcurren en *El sol tiene color papaya*.

Antonio hace clases en el San Alfonso, un colegio pésimo, cuyas autoridades están obsesionadas con el rendimiento externo y en el cual van a parar niños que han sido expulsados de

otros establecimientos, repitentes recalcitrantes o quienes son calificados como "chicos con problemas". Por cierto, el San Alfonso, una institución de carácter vagamente religioso, está situada en una comuna de altos ingresos y, huelga decirlo, posee normas disciplinarias erráticas, confusas, contradictorias, de forma que sus educandos no saben a qué atenerse, hacen lo que quieren y terminan por desatender todo tipo de órdenes.

La asignatura que Antonio imparte es Lenguaje y Comunicación, a la que agrega un taller literario con la asistencia de quienes poseen dicha clase de inclinaciones. Tiene tanto éxito —en términos relativos, claro está— que es calificado como el mejor docente del liceo. Esto es en extremo peligroso, por más que nuestro héroe, o Campusano, no lo expresen así: en el San Alfonso toda novedad, toda originalidad, toda iconoclasia, por mínima que sea, están prohibidas y lo condenarán a la cancelación de su contrato y al desempleo.

En su curso, Antonio establece una relación especial con Agustina, una chiquilla anárquica, grosera, deslenguada, irreverente, que no conoce a su padre ni cuenta con el apoyo de su madre; sin querer queriendo, Antonio se involucra en el lío familiar, se hace pasar por egresado de leyes que busca un trabajo de procurador con Gustavo, un abogado que es el presunto progenitor de Agustina. A pesar de que la mentira es descubierta, Antonio comienza a darle al jurista lecciones de escritura poética. Al mismo tiempo, se liga con Matilda, una apoderada madura muy atractiva, participa en aventuras riesgosas, se entera de los fraudes cometidos por el abuelo de Agustina —en verdad, son públicos— y se convierte en un elemento indeseable para la dirección del San Alfonso. *El sol tiene color papaya*, pese a su brevedad, se ramifica en una serie de historias y subhistorias que dependen de las peripecias de Antonio o del estado de ánimo de Agustina y nos llevan desde un exclusivo barrio donde ella reside a Londres, Perugia y otras lejanas ciudades. Y finalmente descubrimos que hemos seguido una obra excitante y bien escrita.

Comente en: [blogs.elmercurio.com/cultura](http://blogs.elmercurio.com/cultura)

**EL SOL TIENE COLOR PAPAÑA**  
Daniel Campusano  
La Pollera Ediciones, Santiago, 2019,  
100 páginas,  
\$9.000  
NOVELA

El estilo suelto, liviano, en ocasiones epigramático, es la herramienta adecuada para narrar los incidentes que transcurren en la novela.

### TRADICIÓN Y DIVERSIDAD

por Francisco Vélaz

El poeta inglés Philip Larkin sentenció hace ya décadas que el desafío de la poesía contemporánea era escribir un buen poema sobre el fracaso. Lo *puro puesto*, último libro de Víctor Hugo Díaz (Santiago, 1965), es un claro ejemplo de ese temple. Su trasunto es alguien que está en las antipodas del éxito mediático, pues su realidad es sombría y cruda, pero no menos real e intensa. En uno de los textos que concluye este volumen, titulado "Libería quemada", apunta: "Los recuerdos como los libros/ se pueden ordenar en estantes y repisas/ clasificarlos por tema, por edad, por dolor (...). El acuario estaba lleno de agua esa noche/ pero seco de peces/ donde solo se escuchaba el ruido áspero/ que hacen los billetes al ser contados./ No puedo escapar del incendio/ así lo encontrarán, nada en las manos ningún recuerdo/ sólo cenizas y dinero quemado". El poeta hace suyos aquí ciertos recursos narrativos para su escenario poético, donde a ratos surgen imágenes ciudadanas, como metáforas fugaces de un mundo impuesto que desparece ante los intersticios de la realidad.

Su propuesta puede producir rechazo o interés en el lector, pero su sentido final es ese: poner el dedo en la llaga y dar cuenta de ámbitos totalmente ignorados. Cada poema es una historia cuya desenlace no es feliz. Así lo prueban textos como "No hay vacante" y "Orden de alejamiento". Víctor Hugo Díaz también ha publicado *Doble vida* (1989), *Lugares de uso* (2000) y *No tocar* (2003), entre otros volúmenes. Por su parte, Micaela Paredes (Santiago, 1993), en *Ceremonias de interior*, explora la sexta, la copia y el verso blanco. Y al revitalizar estas formas poéticas clásicas, concita interés. Por ejemplo, escri-

be sonetos tal como lo hicieran en su momento poetas como Oscar Parra, Enrique Lihn y Nicanor Parra. Ella asume dicha herencia y la hace suya al escribir, en "Contra el presente", los siguientes versos: "Desear no desear más y amar lo errado/ en el reflejo de la luz oscura (...) y en este instante deshabilitado,/ sobre la tierra anochecida y dura/ hermanar a tu final mi comienzo". A su vez, en otros textos revela sus ejercicios de admiración o influjos. En "Cernuda desido", anota: "Debí haberme atendido al primer verso/ de este diálogo sordo/ en que nos empeñamos toda vida cuando nadie más nos oye". Aquí hace de su memoria personal una experiencia rica y novedosa. Este libro contempla dos capítulos: empieza con Poemas para olvidar y termina con Arquitecturas de la memoria. Sus versos cautivan porque poseen una dimensión metafísica y un ajuste de cuentas con el lenguaje, donde aún se puede decir algo más dentro del inmenso tejido textual que es la poesía chilena, tanto en su diversidad como en su tradición.

En 2017, Micaela Paredes publicó *Nocturnal*, con prólogo del reconocido poeta y académico Pedro Lastra. Actualmente cursa el Master de Escritura Creativa en el espacio de New York University (NYU). Y sus poemas ya han sido traducidos al italiano y publicados en revistas de España, Venezuela, Chile y Perú.

En suma, dos poetas aparentemente disímiles, pero unidos por la búsqueda incesante de la palabra justa que revele su manera de ser y actuar, en un mundo que día a día va perdiendo sus estructuras.

Comente en: [blogs.elmercurio.com/cultura](http://blogs.elmercurio.com/cultura)

**LO PURO PUESTO**  
Víctor Hugo Díaz  
Editorial Cuarto Propio, Santiago, 2019, 74 páginas,  
POESÍA



**CEREMONIAS DE INTERIOR**  
Micaela Paredes  
Cerrojo Ediciones, Santiago, 2019, 70 páginas,  
POESÍA